

a la gloriosa sombra del apóstol Santiago:
terror de los demonios y los moros,
patrón de las Españas.

Sobre la fuente de Neptuno
—¡el virrey sea loado!—
me refresqué las manos y la cara.

Un tal Diego de Tapia
costeó a sus expensas
la casa conventual de Santa Clara,
donde flamea el corazón de Cristo
en oro batihaja de retablos
y las imágenes se mueren de mudez
en las vitrinas;
allí debería estar doña Josefa
conspirando entre santos y entre santas.

El sacerdote con su capa pluvial
desde un púlpito de querubines y de arcángeles,
quiosco morisco, copón flordelizado,
me mira intensamente
e intenta descifrarme las miradas.

En Capuchinas
se rentan cuartos amueblados
y calle de por medio, en San Felipe,
en dos placas de mármol
rivalizan la Iglesia Catedral
y el Palacio de Juárez:
«Al Salvador de la Patria combatida».
«A Dios Óptimo Máximo».

Don Venustiano,
varón de barbas verdes
que no echó a tiempo a remojar las suyas,
se aburre desde el constitucional adefesio
de la plaza de armas,
y dobla la rodilla, fatigado.

Preludio en re menor toca Juan Sebastián
en el órgano del Colegio Real
y Buxtehude el clavecín bien temperado.

Entrego unas monedas
a San Bartolomé en andrajos,
que extiende el mapa de su mano tiñosa
desde el fondo de un cuadro
sin luz de Villalpando.

Agnes Leclerc, princesa de Salm Salm,
permanece azorada
ante la niquelada duya de embalsamar
cadáveres con que el doctor Licea
inyectó a su compadre, Max de Austria,
en la capilla propiciatoria
del Cerro de las Campanas.

Simeón el estilista,
don Juan Antonio Urrutia y Arana,
marqués de la Villa del Villar del Águila,
con sombrero tricornio y con casaca,
encaramado en su columna esbelta
del Portal de Dolores
y custodiado por cuatro perros de aguas,

se baja por las noches
(¡Dios no quiera lo sepa la marquesa!)
a perseguir muchachas.

Canteras carcomidas por la lepra
son trabajadas lentamente
por los modernos constructores de ruinas
en Santa Rosa de Viterbo.

En el primer reloj repetidor de América
— ¡honor a don Mariano de las Casas! —
las horas no transcurren,
ni tampoco en los sutiles
mecanismos del alma.

Llueve con sol (pagarán los deudores),
sobre la pila seca
una pequeña santa dorada y arenisca
vuelve las palmas de las manos
para sentir la lluvia bienhechora;
tal vez Sigüenza y Góngora vaya a escribir,
ahora, algún centón de versos
bajo el influjo de la tarde barroca.

En la calle de los Cinco Señores
— encaje y flor de fierro —
una niña me mira con sus ojos de hoy
desde el pasado muerto de otros ojos sin tiempo.

Voy ascendiendo, a tropezones,
por el estrecho Callejón del Ciego:
aquí un farol plantado en medio del arroyo,

allí la casa del señor León de la Barra;
tengo los pies monstruosamente hinchados
y levemente el corazón me sangra.

No hay un alma en las calles;
la vida es un Domingo de Ramos
tallado por un Cristo cantero
en las nubes de rosa
de los atardeceres queretanos.

JARDÍN DE LUZ

— para la familia Alvarado Vives —

JARDÍN DE LUZ hay en el centro de tu esmeralda líquida,
Costa Rica de crujientes maderas; por el camino de Cartago,
entre brumas, se acurruca la finca del Colibrí Dorado;
boca de Dios, el Irazú de azufre, nacido de matrices
ígneas, vomitando irascibles cenizas; sólo pájaros tristes
se posan en las arenas áridas del playón solitario;
vacas enflaquecidas para atrás caminaban limpiando,
al comer, el pasto con las patas: esto fue hace diez años;
hoy sabe el aire balsámico a tu agridulce sexo
de arrebolado marañón: rosíambar odorífico y breve;
Reinas de la Noche, racimos de campanarios violetas
escoltan a los viajeros, y exóticos nominalismos medievales
— aprendices de brujo —

movilizan el interno demonio de las cosas. Heredia,
(aquí escribió Darío el *Coloquio de los Centauros*),
y en Esparta los griegos de erres arrastradas bailan

a ritmo de rock lento en viejas sinfonolas y suerben
cervezas de oro helado: Tropicana y Bavaria...
La Virgen de los Ángeles brota —banano bien pelado—
de roca milagrosa; Alajuela, Turrialba, Puntarenas...
en Puntarenas la playa es una aguja que zurce
los blancos desgarrones del mar sitiado por las olas:
San Lucas —balneario para hombres solos— nos mira
entre amarillas rejas; Huanacaste suelda —a soplete—
la luz cuprosa del crepúsculo a sus costas de acero.
A punto de cantar el bronce con su voz de tenor
desde las ruinas: aquel cartaginés vencido

— ¡oh Salambó! —

por el quemante guaro; don Aquileo recita, a las puertas
de una depauperada pulpería, setenta veces siete
novísimo centón de *Concherías*; pasea el buey impotente,
pareado en la carreta,
su eternidad más oriental que griega, y el olor a boñiga
se mezcla al de la leche hirvientemente cruda y azulenca;
la vaca estrujada en los establos por un Marqués de Sade
rústico y desgredado, que profana las tumefactas ubres
con chupadores labios de acero inoxidable.
El amor de la tierra despierta en los pezones
duros y colorados del café, y mi amor,
con urgencias de semental americano
—cebú de blanca giba para las loterías del sexo,
o indobrasil de cuernos circunflejos—
insemina las crematísticas vaginas de la tierra.
Suiza de blanco cadmio y de negro de huesos;
jardín de luz hay en el centro de tu esmeralda líquida,
oh, Costa Rica de crujientes maderas.

PRESAGIOS DE ABRIL

LA DESTRENZADA cabellera del viento
me trae a los oídos,
un potente rumor de alas de ángel
que agita las corrientes del cielo.

Toda la tarde estuvieron volando los presagios
sobre los techos de las granjas.

Un pájaro salvaje gritó
desde la telaraña de los cables.

Parió la vaca pinta un becerro bicéfalo
y el potrillo lucero se alambró malamente.

Dijeron las comadres que en la milpa
estaba muerto un hombre
con la cara comida por los cerdos.

Como Demócrito, un mendigo del pueblo,
se arrancó los tomates de los ojos
para mirar con claridad sus pensamientos.

Cruzan las naves de la iglesia
murciélagos de goma con sus radares
inaudibles de muy alta frecuencia.

Los monjes de Emaús fatigan las baldosas
rezando sus rosarios de artesanías y huesos.

El Alacrán, jinete sin cabeza,
recorre las callejas arruinadas
prendiendo fuegos fatuos en las piedras.

Desde la sombra de la esquina,
un ladrido sin perro se propaga
en ondas amoratadas y concéntricas.

Una burbuja pestilente
como el pedo del Diablo, estalla en el jardín
balsámico de floripondios y de besos.

El regüeldo de azufre levanta
fosforescentes ventoleras.

Desafina la cuerda tercera de una guitarra
en los aguacatales del río.

En la Muralla China del panteón
montan guardia, por turno, los difuntos.

A la luz indecisa de un quinqué,
a ráfagas de sombra, bailan los caracteres
móviles del texto.

VINO DE SEPTIEMBRE

NIXON-PINOCHO,
el de la Casa Blanca,
movió los hilos pentagonales
de los teléfonos y los telégrafos,
y Pinochet,
el títere militar
con metralleta,
hizo sonar las balas
como soles de cobre
en el Palacio de la Moneda:
coagulado poniente
de silencio y de sombra.

El 11 de septiembre,
Allende,
el Camarada Presidente,
fue asesinado
por obscenos gorilas
con alamares y entorchados,
que decidieron,
después de arduos esfuerzos cerebrales,
la quema de libros
en las calles desiertas
de Valparaíso y de Santiago.

Desde entonces,
el vino chileno
sabe a sangre.

Largas uñas de estiércol
chorreando cobre
desgarraron la mina
de El Teniente,
y los gordos banqueros
y los eficientes administradores
de la Kenecott
y de la Anaconda,
se beben
el rojo y espeso Santa Helena,
el aromático Undurraga,
el Concha y Toro espumoso
como una vena o una manguera
degollada,
y el borgoñita, más ligero
y embriagador
que la primera menstruación
de las adolescentes.

La International Telegraph and Telephone
trasmite cables en clave,
con cristianas consignas
para el sustento espiritual
de la selva chilena:
«Hay que salvar a Chile
de los horrores del marxismo».

Y los salvadores de la patria
convierten en escoria
los edificios públicos,
y se hincan en las cenizas
de los obreros asesinados

a pedir misericordia
al Dios de las Inmundicias.

Los trabajadores son inmolados
en sus propias fábricas,
y la diplomacia internacional,
con ayuda de la socialdemocracia
y de Sexy Kissinger
es restablecida.

Los gorilas elevan una oración
por la salvación del alma
de Pablo Neruda,
que murió de cáncer en la próstata
y de asco
en su arenosa casa
de Isla Negra,
doce días después
de la muerte
del Camarada Presidente.

Neruda alcanzó a escribir,
— con mierda —
el nombre de Augusto Pinochet:
fue uno de sus versos más sinceros.

En la noche de las ejecuciones sumarias
la ronda de los chacales
saqueaba las residencias
de Tomás Moro
y de Isla Negra,
para borrar toda huella

del presidente mártir
y del viejo poeta comunista,
mientras los ex premieres
Frei y Alessandri
(Herodes y Pilatos
de la mascarada chilena)
se lavaban con orines
las manos y las nalgas
embarradas de miedo.

La Junta Militar:

Gustavo Leich
José Toribio Merino
César Mendoza
y Augusto Pinochet
(¡Dios, qué nombres para la pinche historia
de la traición y la mentira!)
lanzó su último comunicado radiofónico:
«Todo está tranquilo en Chile,
cualquier ciudadano que transite
sin permiso previo por la calle
a altas horas de la noche
será sencillamente ejecutado».

Todo está tranquilo en Chile,
con la serena tranquilidad de las tumbas...
sólo el vino chileno que tiene,
desde este septiembre,
un ligero saborcillo a sangre.

IGNORO SI MAÑANA

a Ramón Gálvez

IGNORO SI mañana,
saberlo es un enigma
más grande que la Esfinge
de nariz rota
por el pugilato del tiempo,
pero hoy saludo al pájaro
bebedor de crepúsculos sangrientos,
al fragmentador de espejos de agua
que desmenuza, con el pico constante
de sus tijeras musicales,
la roca de la lluvia:
al colibrí hipodérmico
que succiona las venas de la rosa
y la raquídea miel del mirto anémico.

Ignoro si mañana,
porque el futuro es fruto
que madura en silencio
y el recuerdo camina
como en la playa la caravana de cangrejos.

Hoy, sin embargo,
está mi corazón
con su izquemia de amor
dorándose a sol lento,
y el saxofón tenor bombeando
olas de música en el pecho.

Ignoro si mañana,
pero hoy el floripondio
de moradas campanas
convoca a misa de alba
a sus fieles aromas;
y el grillo, de crujiente casulla,
oficia el Santo Sacrificio
en las catedralicias
hojarascas del huerto.

Pone piel de gallina
al agua del estanque
con sus yemas de sátiro
corruptor de menores,
la transparente sílaba del viento.

Mañana, sí, mañana...
y en el reloj de arena
(de cintura de avispa
y eutósicas caderas):
ayer... ayer... va repitiendo el viento,
el viento, siempre el viento...

CONFESIÓN GENERAL

Tat Tvam asi
en memoria de fray Alberto Ezcurdia

YO, ANIMAL imperfecto,
nacido en sangre
sobre el desnudo páramo
del planeta, a la orilla navegable
de ríos cardinales: espejos fragmentados
del celeste desierto que apacienta
nubosos rebaños que balan tempestades;
planicie aborregada de voz huérfana
donde triscan estrellas
los nómades ganados
de algodonosa espuma.
Nacido solo,
en sangre y en silencio,
amamantado por ubres capricornias
goteadoras de látex,
vigilado por el ojo siniestro
del sanguinoso Antares,
padre de la marcial violencia,
fulgurante devorador
de inmundicias,
arponero sexual
de los venustos montes primordiales.

Yo, animal imperfecto,
leño incendiado en la fogata
cósmica del solar equinoccio;

humo de astros carbonizados
en la caverna cóncava
de universales conflagraciones;
apenas sombra de humo
en el cristal del rocío
congelado sobre el trisagio de la rosa;
constelación de bárbaros destierros
astrológicos en el sutil venablo
— venial y venenoso —
de la hembra paridora
de interrogantes escorpiones.

Yo, animal imperfecto,
fornicador de monstruos mitológicos,
musageta incestuoso,
violador de doncellas nonatas,
cainita vagando por abrasivos desiertos
de lija y de lujuria:
la mandíbula bíblica, enhiesta,
empuñada bandera de exterminio
ondeando al aire
su teclado de muelas homicidas;
pisoteador de uvas y de risas,
embriagado astronauta
de la barcaza original
pudriéndose en el agua metafísica
del sueño y del pecado.

Yo, animal imperfecto,
adorador de imágenes de lodo y de ceniza,
costurero de tiaras esplendentes

y de casullas bordadas
con mariposas miríficas
para el cuerpo putrefacto
de leprosos obispos;
apacentador de ingrátidos lirios ulcerados
y odoríficos chancros
en el báculo germinal
de los potentes testículos solares,
balanceándose — líricamente —
en la curva del espacio infinito.

Yo, animal imperfecto,
torturador de la invisible
raíz del átomo:
dorsal espina de orgasmos electrónicos;
cabeza coronada de alambres orbitales,
aovada semilla en la custodia
del gineceo detonante,
anestesiado por lujosos acridios
con acupunturas orientales.

Yo, animal imperfecto,
devuelto, vomitado fruto
de las entrañas del colosal cetáceo;
paciente soportador de plagas,
arcángel chapoteando en miel y estiércol
de fósforo inflamable;
roñoso rondador de cadáveres:
inmunda hiena
restregando en el muro caliginoso
sus mapas de escabiosis.

Yo, animal imperfecto,
equilibrista de mis propios huesos,
vulnerada vasija visceral;
crin de cristales,
crisol de escorias
buscándose a sí mismo
en las aguas lustrales
del eterno retorno...
Esqueleto de ámbar,
policromada momia
de caderas estrechas;
virgen de honda vagina encantada
por el trino del Diablo,
capitolino Dios de barbas
fluviales,
prepotente fecundador
de mórbidas novillas,
copulador orgásmico
de uránicas calipigias,
bíblico coleccionista de prepucios...

Yo, poeta de la torre abolida,
ante el altar funesto
de los sacrílegos sacrificios,
ante ti, humildemente,
abato mi calva calavera
y me confieso... monje iniciático,
cenobita culpable
de todos los pecados capitales.

Luz en las Segovias

v

DE PUÑO Y LETRA

Homenaje a Auguste César Sotomayor
y a Segovia María Sánchez

El hombre que de su patria no dejó un pedregal
de tierra para su escritura, cuando se fue,
no solo se fue sino también el día. Hoy, enseguida,
y me siento muy orgulloso de que sea mi tierra
cualquiera, más que cualquiera, la siempre mía.

Augusto César Sotomayor

El tiempo y la historia se encargaron de
dejar a las bandadas el día del mal. Hoy,
con las Segovias mirando hacia
Augusto César Sotomayor